

# La epopeya de la clausura

## El aristócrata de los críticos

Christopher Domínguez Michael

En septiembre de 1932, el príncipe Dmitri Petrovich Sviatopolk Mirsky, literato *émigré* con bien ganada fama de *snob*, realizó un *tour* gastronómico para despedirse de las ciudades del sur de Francia que tanto amaba. A fines de mes estaba de regreso en la Unión Soviética. Tras ser arrestado y condenado, el príncipe murió el 6 de junio de 1939 en un hospital cercano a las montañas de Kolyma. El olvido cayó sobre su nombre durante décadas. Sólo su colega Edmund Wilson trató de averiguar el destino, en el Gulag, del amigo errático a quien bautizó como el “camarada príncipe”.

Nacido en Riga en 1890 e hijo de un ministro del interior del zar Nicolás II, el príncipe Mirsky fue el gran crítico literario ruso de la primera mitad del siglo XX. Sus historias de la literatura rusa, publicadas en 1925 y 1927 durante su exilio en Londres, establecieron un canon, que desde el origen de la lengua hasta Dostoievski, sigue vigente. Mirsky, a su vez, dejó páginas brillantes y precisas sobre sus contemporáneos, los escritores que respaldaron y padecieron la Revolución rusa: Mandelstam, Babel, Tsvietaieva, Maiacovsky, Biely, Pasternak. Gracias a la selección realizada por Antonio Saborit (*Algunas observaciones sobre Tolstoi*, 1998) podemos leer en español un puñado de esos textos. Y con *D.S. Mirsky. A Russian English Life* (2000), el profesor oxoniense G.S. Smith concluye varios años de investigación sobre la vida del escritor a quien llama “el aristócrata de los críticos”.

Como la ciudad de San Petersburgo, un diamante que emergió de los pantanos, Rusia crió, durante las postrimerías del reino de los zares, una impresionante nobleza del intelecto entre cuyos dotadísimos hijos estuvo el príncipe Mirsky, que como Vladimir



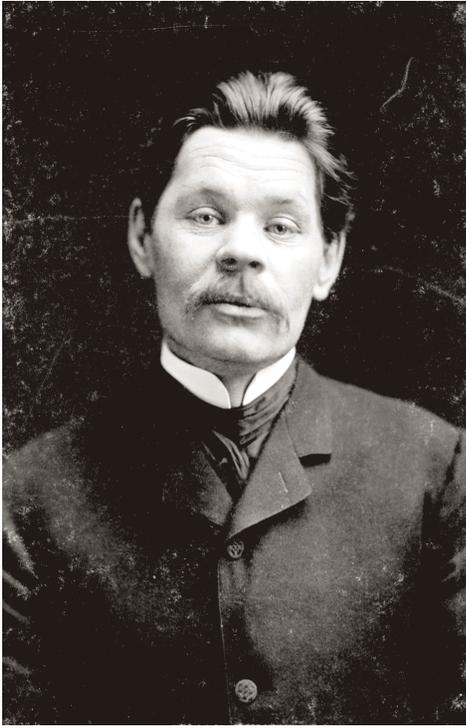
Dmitri Petrovich Mirsky

Nabokov, autor cuyos primeros libros ignoró, tuvo una infancia de ensueño. Mirsky combatió, en 1920, a los bolcheviques en los ejércitos blancos del general Denikin y una vez perdida la guerra civil, el príncipe —que escribía con absoluta soltura en inglés y en francés— se presentó como una de las figuras centrales de la crítica europea, en tanto que asiduo del grupo de Bloomsbury, tertulio de las jornadas musicales del príncipe Bassiano e invitado a las Décadas de la abadía de Pontigny. Y fue en la *Nouvelle Revue Française*, en septiembre de 1931, donde se publicó “Histoire d’une émancipation”, el texto en que el príncipe expresaba sus deseos fervientes de convertirse en camarada, rindiéndose, ante Stalin, con toda su contrición y su remordimiento.

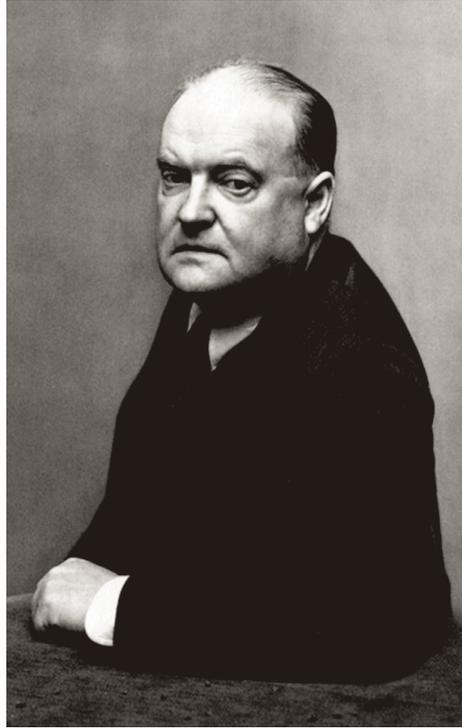
Mirsky, ruso al fin, se negó a ser súbdito británico y a llevar la cómoda vida del

amigo occidental de los soviéticos. Convertirse al marxismo no era difícil. Suicida parecía, en cambio, que este noble, antiguo combatiente blanco, regresase a la URSS. ¿Cuáles fueron sus motivos personales? ¿Lo hizo como Prokófiev, por nostalgia del terruño? ¿O se vio involucrado en las redes del cruel oportunismo de Maxim Gorki, quien guió, personalmente, a Mirsky, como algunos otros infortunados, por el laberinto que conducía al Kremlin? Según el profesor Smith, Mirsky regresó a la URSS estimulado por una errática creencia en los valores aristocráticos. El príncipe odiaba la democracia y, muy particularmente, a la sociedad inglesa, concebida como reino de la muchedumbre, de la igualación mediocrática del dinero. No se engañaba, cabe aclararlo, ante las rudas condiciones que lo aguardaban en la Rusia de Stalin, pero veía en aquella austeridad cuartelaria un regreso al ascetismo de los primeros nobles rusos, sus antepasados.

A fines de los años veinte, Mirsky, que había sido un occidentalista, se involucró en el movimiento euroasiático, compuesto por un puñado de emigrados rusos que concebía a Rusia como un continente de características raciales e históricas propias, equidistante de Europa y de Asia. Los euroasianistas —que en la Rusia de Putin gozan de buena salud— publicaban la revista *Eurasia* y desde allí reconocieron, primero, la legitimidad de la Revolución rusa, y después, la del bolchevismo. En contraste con otros *émigrés*, Mirsky no identificaba a Rusia con la Iglesia ortodoxa; espíritu agnóstico, el brillante príncipe se adelantó a los estudiosos del totalitarismo: definió a los regímenes fascistas y comunistas como “ideocracias”, el anhelado gobierno de los filósofos.



Maxim Gorki



Edmund Wilson



E.H. Carr

De regreso a la URSS, Mirsky puso su pluma al servicio de esa ideocracia que hablaba compatible con los viejos valores rusos. Su vida política, como era previsible, fue una sucesión de abyecciones inútiles. Escribió un sonado libelo contra sus anfitriones ingleses (*The Intelligentsia of Great Britain*, 1935) y participó en *El canal del mar blanco*, exaltación del trabajo esclavo a la que se prestaron los escritores soviéticos. Sólo durante un par de años pudo Mirsky conservar en Moscú su prestigio como el gran crítico ruso, arremetiendo contra los formalistas y denunciando la perniciosa influencia de Joyce. Cayó en desgracia al atacar al ascendente novelista Fedaev y cuando murió Gorki, su protector, Mirsky fue arrestado. Dado que tuvo “la suerte” de ser uno de los 4, 060, 306 ciudadanos soviéticos oficialmente sentenciados durante la Gran Purga, se conserva el registro de los interrogatorios que Mirsky sufrió. En ellos vemos a un hombre amenazado por las leyes contra los homosexuales —tal parece que el príncipe

lo era— que acusa de espía a su amigo, el historiador inglés E.H. Carr.

En 1961 la hermana del príncipe solicitó y obtuvo del Estado soviético su rehabilitación, ese mecanismo ideado y utilizado por el Partido para salvar *postmortem* a sus víctimas del purgatorio. Vitali Chentalinski pidió en 1988 a Iákovlev, eminencia gris de la Perestroika y secretario del PCUS, la devolución de los papeles confiscados a Mirsky, en una primera lista de mártires donde aparecían los nombres de Babel, Pilniak, Mandelstam y algunos otros escritores. Poco después desapareció la URSS. Leí *De los archivos literarios del KGB* (1993), el memorial que reúne los documentos que rescató Chentalinski de los archivos de la Lubianka, en busca de Mirsky. Me asombró ver el valiente entusiasmo de los escritores soviéticos de la época de Gorbachov, empeñados en vindicar a sus muertos, algo que parece hoy día tan distante de nosotros como las conspiraciones de Herzen y Bakunin contra Nicolás I. La tragedia del príncipe Mirsky, tan propia del siglo XX, se convierte en una

suma de anécdotas que pudieron ocurrir en cualquier punto del tiempo histórico.

Edmund Wilson visitó al príncipe en Moscú, a principios de los años treinta. Era un hombre que no parecía feliz y que parecía no haberlo sido nunca. Algo había de vanidad aristocrática en su fanatismo soviético. Wilson y Mirsky hablaron de Pushkin, y el crítico norteamericano acaso se retiró lamentando que el príncipe se hubiese sumado a la conspiración de los infinitos Sallieri, que son legión, contra Mozart, aplaudiendo la servidumbre ideocrática contra la creación artística. Y leo a Mirsky en busca de una buena imagen crítica que lo retrate en su anátesis. Quizá sea útil el párrafo donde Mirsky afirma que un crítico imaginativo podría haber *inventado* a Alexandr Blok como emanación perfecta del poeta romántico. Mirsky, el príncipe camarada, se inventó a sí mismo como encarnación trágica de lo que más odiaba como crítico, el arquetipo del “intelectual chejoviano”, alma frágil y sensible que se adentra en los avernos ansiosa de sufrir los peores tormentos. ▣

La tragedia del príncipe Mirsky, tan propia del siglo XX, se convierte en una suma de anécdotas que pudieron ocurrir en cualquier punto del tiempo histórico.